

del poder. Sobre todo si, como en el caso de Nixon, no puede contar con la mayoría del Congreso.

Es preciso notar que la independencia y el carácter de compartimiento estanco definido para el poder judicial estaba considerado por los tratadistas liberales como un retroceso democrático. Se suponía, en teoría, que los cargos electos, los poderes supuestamente emanados de la voluntad popular, como el Congreso, el Senado y la Presidencia de la nación, estaban frenados, obstruidos, por el poder judicial de origen conservador —por la procedencia y la formación de sus miembros— y, efectivamente, en la historia de los Estados Unidos el Supremo ha negado o revocado un gran número de leyes progresistas o igualitarias y muy pocas que fueran en el sentido contrario a las libertades populares. Pero en los últimos años, como consecuencia de la oscilación del sistema americano hacia la derecha, de la agudización del centralismo presidencialista, del dominio de los cuerpos legislativos por los «lobbies» y los grupos de presión, por el exceso de evidencia en el manejo de la maquiavela electoral, el Supremo aparecía como un último refugio posible de las libertades de derecho. Una gran parte de esta nueva imagen, de esta nueva fisonomía, se debió a la oposición del Supremo a los abusos fascizantes de Joe McCarthy al frente del Subcomité de Actividades Anti-americanas y, muy especialmente, a la personalidad de Earl Warren, que llegó a ser acusado por el maniaco y peligroso senador de comunista, pese a lo monstruosa y aberrante que era esta clasificación para un hombre como Warren. De esta forma, en la oscilación incesante y acelerada de los elementos del poder en los Estados Unidos hacia el conservadurismo cerrado, el Supremo, que en un tiempo era un elemento conservador, fue apareciendo como el guardián en último extremo del espíritu democrático de las leyes y textos fundacionales del país. La sospecha grave de que el Supremo pueda ser ahora fácilmente digerido por la Presidencia, por la Casa Blanca, es un temor que sobrepasa con mucho el simple tema de los veinte mil dólares del juez Abe Fortas. El episodio se considera generalmente como una etapa menor en este nuevo esfuerzo para centrar todo el poder y para ir suprimiendo lo que un día fue base teórica de la democracia de los Estados Unidos: la separación, la independencia de los tres poderes, el ejecutivo, el legislativo y el judicial.

«¿Dónde están la sinceridad y la integridad?», escribe en tono elegíaco el comentarista John Reston examinando este caso, y el de otros dos dudosos temas judiciales —el del comandante del navío «Pueblo», cuyo juicio ha sido un modelo de imprecisión, de vaguedad, de misterio, de forma que no se pudiera saber nunca dónde estaba la verdadera culpabilidad, y el del asesino de Martin Lutero King, cuyas negociaciones de fondo no se han conocido nunca—. «¿Dónde están la honestidad y la franqueza en los tribunales, las legislaturas, el ejecutivo, la prensa? Vivimos la crisis de las creencias, y hasta que pueda ser resuelta será difícil enfrentarse con el Vietnam, con el problema urbano, con las universidades». Ciertamente, un núcleo de ciudadanos ha dudado siempre de la veracidad de algunas instituciones democráticas proclamadas como servicio del pueblo, y estos ciudadanos han sido fácilmente apartados como inconformistas, inadaptados sociales, revolucionarios, comunistas, elementos asociales, agnósticos, escépticos. El problema actual es que la dificultad de creer se amplía incesantemente a círculos mayores de ciudadanos, penetra en todo el país y se divorcia continuamente los ciudadanos de las instituciones que fueron creadas para representarles.



BLANCAFRANCIA Y LOS SIETE ENANITOS

El General se ha ido a Irlanda para no verlo. No estaba escrito que Penélope rechazara a Ulises y abriera la ronda de los pretendientes, no estaba escrito que Blancafrancia fuese a elegir entre los enanitos después de despedir al Príncipe. Los siete candidatos al Elíseo, cuyos nombres aparecen por burocrático orden alfabético en el «Boletín Oficial», luchan a dentelladas. Un trotskysta arrebató votos a un comunista que, a su vez, se los quitó a un socialista clásico, combatido por un neosocialista al mismo tiempo. Y el socialista clásico se los quitó a un centrista que, a su vez, se los arrebató a un derechista, mientras un independiente trata de quitárselos a todos y ve cómo todos se los quitan a él. De todas estas aventuras, la más fascinante es la de Pompidou, el discípulo que derramó el salero en el banquete electoral de junio del año pasado y besó la mejilla de su maestro, que le había hecho hombre y político, con la intención de arrebatárselo la túnica. Desde entonces ha clavado no puñales, pero sí alfileres, en el enorme cuerpo dominante, ha elaborado toda clase de políticas, desde las minúsculas de las alianzas semi-clandestinas hasta la modesta proclamación de su calidad carismática. Ha procurado no renegar en público para renegar en privado. Ha votado «Sí» y ha pedido a gritos que se votara «Sí» cuando en el fondo de su alma —y quién sabe si en el secreto obligatorio de su papeleta— pedía el triunfo del «No» que podía darle el poder. Este pequeño Macbeth sin sangre, pero con astucia, probablemente no escuchó bien a las brujas que en el bosque de mayo le decían algo que parecía ser «Pompidou, tú serás presidente». Quizá no las escuchó bien, porque en su camino ha aparecido el fruto de otra aventura singular, el llamado Alain Poher, este practicante de lo

que Denuzière ha llamado en «Le Monde» «la voluptuosidad del modesto», que ofrece a los franceses —a los electores— la tentación del centrismo, que es tanto como decir del neutralismo, que posee la más temible arma política, la del «hombre del compromiso», la del «outsider». Por compromiso fue elegido presidente del Senado —porque el anterior, el casi vitalicio Gaston Monnerville, era demasiado abiertamente enemigo del General De Gaulle—, y por casualidad se ha encontrado con la presidencia interina de la República. Por compromiso entre tantas fuerzas dispares, regañonas, vacías de programas, de futuros, este hombre reposado, tranquilo, honesto y correcto puede ahora ser elegido presidente de la República. En unos días se ha creado algo muy importante en la política de consumo: una imagen. Es la imagen del hombre sin imagen. El hombre sin intrigas, sin ambiciones, que hasta en su formulación de candidatura se presenta como despersonalizado, como si la encarnación del poder posible fuese distinta de la del ciudadano Alain Poher: «He sido forzado por la presión de mis amigos...». Parece como si después de diez años de una personalidad demasiado fuerte, esta otra personalidad de la personalidad —que parece ser una definición del político democrático puro— pudiese ofrecer un descanso a Francia. El discípulo que derramó la sal está ahora inquieto. Pompidou empieza a perder la tranquilidad. Los augures ya están dudando y las auscultaciones de la opinión pública ven subir cada día los porcentajes de Poher, a costa de los de Pompidou. A toda prisa, Pompidou abandona algunas de sus posiciones de la derecha para inclinarse hacia el centro, donde ve los votos. A toda prisa se desembaraza de algunos residuos del gaullismo que le hizo hombre. ¿Le dará tiempo?

(Reportajes en páginas 12 a 20.)